

Apasionante reflexión ético-científica

Copenhaguen

Autor: Michael Frayn

Traductor: Llorenç Rafecas

Director: Ramon Simó

Lugar y fecha: Teatre Nacional de Catalunya (28/IV/2011)

JOAN-ANTON BENACH

El compromiso profesional y moral del científico, su responsabilidad ante el mundo y ante la historia, el intríngulis de unas reacciones complejas referidas a la física cuántica... He aquí un material, a ratos inextricable, objeto de una apasionante dramaturgia a cargo de Michael Frayn (Londres, 1933), autor también de la regocijante *Noises Off* (Borràs). Su *Copenhaguen* (1998), obra premiadísima, estrenada en el Royal National Theatre de Londres, aparece ahora mismo en nuestro Nacional como una de las joyas más valiosas de la temporada. Y ello, gracias a la excelencia de sus tres elementos primordiales: un texto espléndido traducido por Llorenç Rafecas, una gran dirección de Ramon Simó y la impecable interpretación del trío de ases que forman Rosa Renom, Lluís Marco y Pere Arquillué.

El teatro y la ciencia suelen mirarse de reojo. ¿Cuántas obras habrá con un contenido específicamente científico? ¿Un cinco, un seis, un ocho por ciento? Rememoramos la ardiente defensa que Brecht hizo de Galileo y de sus leyes cósmicas elementales. Podemos recordar a los geólogos del canadiense Normand Charette (sala Beckett) y al matemático indio Ramanujan, protagonista de *A disappearing number* del Théâtre de la Complicité (Lliure).



TNC

Rosa Renom y Lluís Marco

Y, desde luego, no es posible olvidar a *Los físicos* de Dürrenmatt, una pieza de 1962 y que, sin duda, Michael Frayn conoce. Y es que, al igual que *Copenhaguen*, la obra del dramaturgo suizo se centra en el inventor –en este caso, imaginario– de la bomba atómica.

Möbius, el personaje de Dürrenmatt, se horroriza de su propio descubrimiento y se refugia en un manicomio, simulando una locura con la que intenta desmentir desesperadamente los aciertos de sus fórmulas mortíferas. *Los físicos* se escribió en clave de comedia sarcástica y su éxito mundial contribuyó a concienciar sobre los peligros de la energía nuclear cuando sus pacíficos usos estaban aún por desarrollarse y era muy vivo el espanto de Hiroshima. *Copenhaguen* no recurre a la ficción. Frayn propone aquí un teatro-do-

cumento, pariente del *newspaper theater* de los pacifistas años sesenta, pero con un sentido mucho más calmo y didáctico.

Niels Bohr y su discípulo y amigo Werner Heisenberg, los protagonistas, fueron dos científicos célebres, premios Nobel de Física de 1922 y 1932, respectivamente. La obra se centra en una famosa y nunca totalmente desvelada entrevista que mantuvieron en 1941 en la capital de Dinamarca, en plena ocupación alemana. Bohr (Marco), de origen judío, no había querido exiliarse y Heisenberg (Arquillué) seguía en Berlín investigando para los nazis sobre la mecánica cuántica, capaz de conducir a la fabricación del arma atómica. Su encuentro presenta dos vertientes bien diferenciadas: un debate científico con discrepancias y acuerdos y un debate moral en torno al colaboracionismo con la barbarie y la supuesta neutralidad del científico, tanto por parte de Heisenberg como de Bohr, el cual investigó después para el equipo estadounidense que lograría fabricar la bomba.

Entre los dos sabios, y atenta a sus respectivas justificaciones, Margrethe (Renom), la esposa de Bohr, interviene para puntualizar algún detalle. Y también para quebrar el naturalismo de la interpretación, recordando al espectador el formidable artificio de Frayn conocido desde el principio, a saber, que los tres personajes están muertos, que los estamos viendo desde el presente, para juzgarlos con el rigor o la benevolencia de cada cual. Este es el quid de la obra, su alta cotización ética e ideológica tratada con asombrosa ductilidad por el autor, potenciada con el mejor oficio de Simó y por una interpretación soberbia.●